

Crítica de libros

Josep Fontana, *El siglo de la revolución. Una historia del mundo desde 1914*, Barcelona: Crítica, 2017, 808 pgs.

El siglo de la revolución fue la última obra del historiador catalán Josep Fontana publicada un año antes de su muerte. En cierta continuidad epistemológica con la labor de Hobsbawm, este trabajo representa un ambicioso intento por dar cuenta de una historia global del “corto siglo XX” que alcanza las primeras décadas del XXI con el objetivo autoimpuesto de comprender las causas que dieron forma al mundo actual a partir de un análisis en retroalimentación de la historia económica, política y cultural.

La periodización inicia con la Primera Guerra Mundial dado que, para Fontana, ella explica el fin de un viejo orden que acabaría por materializarse con la revolución bolchevique acaecida tres años después. Es la primera victoria del campo del marxismo el eje central sobre el que el autor focalizará su análisis para abordar un derrotero histórico de más de cien años. La elección del año 2017 como cierre recae en el centenario de aquel triunfo que, sostiene el autor, continúa siendo un fantasma atemorizador de las clases dominantes independientemente de los disímiles balances que puedan realizarse sobre su experiencia.

Si bien el autor manifiesta la intención de focalizar su estudio en el terreno de la política, entendida esta como la acción colectiva y, en razón de ello, relevar las luchas pasadas que aspiraron a lograr los objetivos de libertad e igualdad, a lo largo del trabajo el planteo se torna en demasia descriptivo con un acento fuerte en la factualidad y la narración empírica. Por ello, en *El siglo de la revolución* no queda temática trascendental sin cubrir, amplitud que se vuelve, a la vez, un atractivo pero también su debilidad central.

El ambicioso periodo escogido, pero, sobre todo, la enorme cantidad de tópicos que pretenden cubrirse, imposibilita, por ejemplo, referenciar a los autores que reflexionaron sobre los diversos momentos y fenómenos (más allá de la profusa bibliografía citada al finalizar el libro). En el mismo sentido,

es notoria la omisión de los debates historiográficos vigentes alrededor de los distintos tópicos y la ausencia de reflexiones y conclusiones relegadas ante un paradigma descriptivo.

El objetivo de una historia totalizadora en términos geográficos se vuelve problemático porque la primacía dada al análisis sobre los sucesos acaecidos tanto en Europa como en los Estados Unidos supone un desbalance con relación a la descripción de los mencionados acontecimientos africanos, asiáticos y latinoamericanos, que también pretenden ser abarcados pero que, al gozar de una menor ponderación, las conclusiones sobre ellos terminan por caer en generalizaciones que homogeneizan fenómenos no del todo asimilables.

No obstante estas observaciones, la obra no carece de miradas que habilitan a la polémica. Particularmente, en lo pertinente al análisis sobre la Revolución rusa resulta sintomática una tendencia del autor por establecer una diferenciación entre la dirección bolchevique y las masas movilizadas que dieron la dinámica inicial al proceso. Para Fontana, por ejemplo, fueron los sindicatos los que forjaron en Rusia el control de la producción por parte de los trabajadores, contrariamente a un proyecto de “capitalismo de Estado” diseñado por el propio Lenin en el que el control obrero se limitaría a una inspección para evitar abusos sin excluir la continuidad de los patrones. Del mismo modo, los sucesos de Kronstadt son analizados como la represión a una serie de demandas en torno a mayores derechos de participación y reformas democráticas en un contexto en el que se debatía la subordinación o la independencia de los sindicatos al Estado. Se desprende de esta visión una mirada que identifica en la acción de las bases objetivos aún más radicales que la propia dirección bolchevique. De algún modo, se visualiza la tesis de que la burocratización se hallaba implícita en la propia dinámica del bolchevismo al desarrollar un tipo de dirección que terminaba por bloquear iniciativas de amplios núcleos de trabajadores aún más proclives a la transformación. Esta hipótesis se encuentra, luego, en contradicción con el análisis que se esboza sobre el periodo de Nikita Jrushchov en el escenario de la desestalinización, al afirmar que, desde el Estado soviético, se sostenía un proyecto renovador para consolidar una sociedad socialista por medios pacíficos, lo que se vio imposibilitado por una población que no se encontraba apta para este cambio, teniendo que apelarse nuevamente a la represión como garante del orden interno y de la propia revolución.

Más atención aún merece el análisis que el historiador catalán realiza sobre la deriva estalinista del proceso revolucionario. La colectivización mediante ejecuciones, el trabajo forzado, las purgas y la depuración del viejo bolchevismo bajo el argumento del complot internacional y la amenaza trotskista son vislumbrados como iniciativas que no se encontraban dirigidas a la preservación de un poder individual por parte de Stalin sino como la consecuencia del temor a los peligros que ponían en jaque la continuidad de la revolución. En una línea que matiza el significado que el estalinismo supuso para el bolchevismo, Fontana sostiene que no existió por parte de este

líder una aspiración de dominio mundial, confiando en que la superioridad del socialismo daría su triunfo a largo plazo. Del mismo modo, afirma que no hubo intención agresiva alguna, siendo la amenaza estadounidense lo que obligó a la URSS a un rearme que disuadiera al enemigo de una posible represalia. Es factible ubicar este análisis como subsidiario del campo historiográfico que encuentra en el estalinismo una línea de continuidad con respecto a los objetivos originarios de la Revolución y del leninismo como modelo.

Resulta llamativo el abordaje realizado alrededor de la caída del “socialismo realmente existente”. Se afirma que una causante fundamental para comprender la crisis de la URSS recayó en un proyecto económicamente inviable que implicaba que la población rusa costeara el nivel de vida del resto de la Europa del Este. Se destaca también la mirada sobre las movilizaciones que enfrentaron el dominio soviético en las que, omitiendo el componente juvenil y la participación sindical, Fontana asevera que no son factibles de identificar como revoluciones y que la movilización popular en ellas no fue significativa, tratándose, en realidad, de movimientos de las propias elites comunistas que acabaron por forjar un suicidio colectivo.

Las conclusiones de *El siglo de la revolución* se hallan marcadas por el escepticismo. Si bien al referirse al fin de la Guerra Fría el autor rechaza la tesis de Francis Fukuyama que proclamó el fin de la historia y el cese de la lucha de clases, al avanzar algunas décadas y detenerse en la coyuntura actual asevera que la situación de estancamiento productivo y empobrecimiento de la mayoría de la población no dio lugar a una crisis sino a una nueva normalidad que llevó al fin del estado de bienestar, al debilitamiento de los sindicatos y a la precarización de los trabajadores junto a la ruptura de sus lazos de solidaridad. En este esquema, asegura que un siglo de luchas por la igualdad y la libertad culminó con un triunfo de la desigualdad en dos planos simultáneos. Por un lado, aquella desigualdad presente al interior de las sociedades capitalistas desarrolladas donde la brecha entre la minoría privilegiada y una mayoría empobrecida es cada vez más notoria y extendida. Por otro, la creciente desigualdad entre naciones, ya no como el resultado de las fuerzas naturales del mercado, sino como la victoria en la lucha de clases de los grupos económicos concentrados. En este marco, el autor visualiza en las primeras décadas del siglo XXI la ausencia de una izquierda alternativa, el crecimiento de una extrema derecha que logró acoger el descontento colectivo y, finalmente, una escasa posibilidad de resistencia para revertir el orden establecido.

En definitiva, se trata de una obra minuciosa, abundante en datos y detallada en descripciones pero no carente de aseveraciones polémicas en la que se extraña un mayor debate historiográfico y contraposición de visiones. A la vez, se identifica un trabajo que, preocupado por rescatar y poner en un primer plano a la acción colectiva en la búsqueda de una sociedad igualitaria, acaba por sostener el fracaso de tales iniciativas y la improbable posibilidad de que ello se modifique. Esto último, pareciera más

la exteriorización de un frustrado sentir por parte del autor que un análisis fehaciente y metódico de las múltiples y variadas formas de resistencia que permanecen aún en pie.

Martín Mangiantini (ISP Joaquín V. González - CEHTI)

* * *

Marina Franco, *El final del silencio. Dictadura, sociedad y derechos humanos en la transición (Argentina, 1979-1983)*, Buenos Aires: FCE, 2018, 411 pgs.

El final del silencio, de la historiadora argentina Marina Franco debe leerse en línea con las inquietudes y problemas ya planteados en su anterior libro, *Un enemigo para la nación. Orden interno, violencia y “subversión”* (2012). En ese libro, Franco examina el proceso de construcción del “consenso antisubversivo” durante el tercer gobierno peronista (1974-1976). En esta ocasión, continúa trabajando sobre las mismas coordenadas pero a partir del análisis del otro extremo temporal: el de los últimos años de la dictadura militar. El objetivo de la obra es discutir ese tramo específico que va de 1979 hasta el traspaso de gobierno en diciembre de 1983. Desde el inicio, la autora propone una interpretación del período a contrapelo de lo que, según ella, conforma el “sentido común” más fuerte en torno de la crisis de la dictadura militar: la idea de que el movimiento de derechos humanos y, más concretamente, las denuncias sobre la represión y el terrorismo de Estado habrían ganado visibilidad y un impacto social suficiente como para horadar la legitimidad del régimen. De acuerdo con Franco, esta interpretación edulcorada del período de transición está influida por las sobrecargas de sentido que imprimen los marcos interpretativos actuales que tienen a la figura de los desaparecidos y al movimiento de derechos humanos como elementos centrales para referir y simbolizar qué ocurrió durante la dictadura militar. Por el contrario, la autora propone que la centralidad ganada por las denuncias sobre el terrorismo de Estado debe entenderse como consecuencia y no como causa de la crisis de la dictadura. Dicho en sus propias palabras, “el tema represivo fue tomando envergadura no tanto, o no solo, por su propio peso e importancia intrínseca, sino más bien, o también, en relación dependiente con otras dimensiones de ese derrumbe castrense: el fracaso político, la derrota escandalosa en la guerra de Malvinas y la gravísima crisis económica y social” (p. 31). El libro es efectivo en su objetivo de demostrar que la cuestión represiva no constituyó una prioridad para la mayoría de los actores políticos de la sociedad civil de la época, sino hasta los últimos meses del autodenominado Proceso de Reorganización Nacional y que, cuando abordaban la temática, lo hacían sin cuestionar los pilares fundamentales del consenso antisubversivo. Sin embargo, es menos contundente a la hora de determinar cuándo cristalizó el sentido